



# Fragmentos de un imaginario

*Angel Luis Mota*

En una novela de Ramón Hernández injustamente olvidada, *Sola en el Paraíso*, el autor hace decir a uno de sus personajes: «Dices que me vaya de Cuenca una temporada, María Elvira. Pero no creas que me resulta fácil. Mira, cuando estoy aquí quisiera volar lejos, escapar. Es como si estuviera presa en una cárcel. Pero cuando me marcho de Cuenca estoy deseando volver, sentir de nuevo ese olor que tiene el aire. No sé, es algo extraño». Sí, extraño, y como otro enamorado-desamorado de la ciudad, César González Ruano decía «difícil de comprender y más difícil de explicar».

Galdós habla de ella como de «lo más pintoresco que yo había visto en mi vida». Baroja da una imagen solanesca donde sentencia que «si por su poca vida comercial e industrial Cuenca estaba entre las últimas capitales de España, por su aspecto dramático y romántico podía considerársela de las primeras». Añadamos a lo citado el «ombligo de España» orteguiano, la «bella durmiente en el bosque» de Eugenio D'Ors, la «Venecia castellana» de Julián Marías o la «adusta arbitrariedad topográfica» de Alejo Carpentier y tendremos una breve antología de ilustres aproximaciones a una realidad difícilmente definible por contradictoria.

Bien es cierto, y ya se habrá podido apreciar por lo dicho, que en estos acercamientos ha predominado el impacto inicial, el asombro bienintencionado del primer momento que ha hecho prorrumpir en esdrújulos donde lo romántico, lo dramático, lo mágico, lo tantálico, lo telúrico o lo patético —sólo por citar algunos proparoxítonos— se han convertido en protagonistas de una literatura donde los chopos y los olmos han terminado de completar una imagen excesivamente superficial y muchas veces tópica.

Sin intentar enmendar la plana a tan ilustres plumas, recordemos que estamos en 1994 y que esa imagen de Galdós, de Solana o de Baroja ya no se corresponde exactamente con la realidad actual. Señalemos también que toda realidad humana posee tantas interpretaciones como intérpretes podamos pensar y que sólo el imaginario compuesto de esta infinita suma de lecturas respondería a una utópica realidad. Como en un caleidoscopio, nuestra

visión se cambia a cada momento según los cristalitos se recompongan de una u otra forma delante de nuestros ojos.

Sumemos a lo anterior, aplicable a cualquier hecho, la compleja irrealidad de una ciudad que es altura y abismo, que es universal y provinciana, generosamente abierta y desconfiadamente umbilical, paisaje construido y urbanismo natural. Cuenca es esto y mucho más, porque también es lo húmedo y lo seco, el cielo y la tierra, la pasión y la apatía.

La clásica postal de Cuenca donde aparece la hoz del Huécar vendría a ser un resumen de lo dicho: la clásicas Casas Colgadas son la historia que se empareja con esa grapa de acero moderno que es el puente de San Pablo intentando integrar lo alto y lo bajo, enraizados y proyectados donde agua, cielo y tierra se integran en una suma imposible. Cuenca es también esa postal de otoño donde mil amarillos diferentes nos hacen imposible precisar cuál es el color dominante o ese reflejo del sol cambiante a cada momento en las rocas que, como un eterno mito de la caverna, confunde constantemente luces y sombras.

Y esta paradoja del paisaje físico se enseñorea del paisaje humano porque Cuenca, madre y madrastra, devora y absorbe hasta la confusión a una ciudad próxima y distante, altiva y resignada, frecuentadora del «ea» devenido de exclamación en apática impotencia y siempre orgullosamente comprensiva y tolerante.

Cuenca también ha devorado este intento de aproximación que a su vez se ha transformado simultáneamente en orden y caos, en objetividad y subjetividad, en suma de razones hechas sensaciones y de sensaciones convertidas en argumentos, en una amalgama donde la intelectualización se torna imposible porque la ciudad, esta ciudad, no admite distanciamiento.

Sí. Cuenca, polimórfica, poliédrica, caleidoscópica, por añadir esdrújulos a la serie, existe. Es así. Pero para comprobarlo y conocer este retablo de las maravillas hay que pasearla, mirarla, sentirla, palparla, vivirla. Comprobaréis entonces que así es. Si así os parece. □